

HELADAS ETERNIDADES: DEL CAIMÁN NACE EL VAMPIRO

José E. Santos

Como caimán fiero y primitivo se desborda la estética incitante de Jan Martínez. Su expresión no conoce la paz ni el receso. Vive su voz en el símil. El mundo parece otra cosa. Una ciudad recuerda a otra. Una calle que divisa semeja una ruta ya recorrida. Su palabra muerde con el poder de dos mandíbulas simétricas y concertadas. Vega Baja es laguna y cementerio. San Juan es joya y fiasco. Nueva York es promesa y abismo. No hay novedad. Desgarra la mordida porque no puede hacer otra cosa. El lector, intranquilo, aguarda su sacrificio resignado, asimilando gota a gota la ansiedad que el verso y la prosa de este caimán elocuente y convulsionado salivan fieramente.

El caimán maldice su sangre fría, la misma que le ha permitido subsistir desde que el tiempo es el tiempo. El vampiro vive en su propia sangre fría. Roba y se nutre del calor de las otras sangres, las que sin conocimiento ni conciencia deambulan por la vía de las felicidades. El caimán emerge de la laguna y ovíparo se topa con el abono plurivalente de las palabras, espacio en que deposita el origen de sus orígenes. Martínez se nutre de su frialdad urgente y versada. Ha sabido definir el amor desde las coordenadas de un exilio angélicamente perverso. El autor de "Cartas sobre la mesa" no celebra el resultado que su discernimiento le ha ofrecido. El conocimiento lo ha hecho eterno. Lo ha hecho vampiro. Martínez roba la sangre de una tradición pérfida que se autoproclama concreta y humana, que se proyecta benigna y consecuente. Humana, lo es. Benigna, nunca.

Preso es el caimán de su lucidez. Revela Martínez la sabiduría escondida de quien camina de día aunque su nicho es la noche. No la ha escogido. Alguna patología indiferente lo condena a sentirse lleno de sí en todo momento. *Prosas (per)versas* muestra la ebullición de las aguas y la explosión de las sangres. El aterrado exterior es quien se topa con el poseedor del secreto de los atardeceres. Vestíbulo son de la definición de todo arte. Una muerte implanta su presencia, la hace eterna, la entrega fría al diálogo irresoluto que pacta el tiempo con el deseo. Martínez no promete florestas porque hace tiempo que destruyó el huerto.

El caimán sale de su laguna. El vampiro renace de su ataúd. Desde ambas oscuridades labra el camino que no tiene vuelta. El autor de "Ítaca", guerrero que brota del encierro equino pensado en su sombra, reconoce que nunca hay regreso, y por lo tanto, la eternidad se postula y presenta como cadena ineludible, vasallaje de la apetencia que impone la contundencia de todas las muertes a su sentido crítico, siempre despierto, comeción ineludible del guerrero vuelto animal,

vuelto morador de la eterna noche de las ansias imposibles. Ansias de la muerte total. Ansias de la obra imperecedera. Ansias de esa otra vida, textual, entintada, acabada. La misma que le es negada en vida. La misma que le es negada en todo viaje sin regreso.

Martínez forja la voz de Severino Lisboa. *Trasuntos de Transilvania* no es un lugar localizable. Es un espacio en el que se vive mientras se muere. Martínez es el vampiro que camina de noche y camina de día. No hay luz a ninguna hora. La intensidad de todo el calor humano no es suficiente para vencer nuestra inevitable congelación. Martínez no solo sabe esto, lo padece y lo rechaza. Y este rechazo lo lleva a abandono irrealizable de la cripta única y anagógica que revela la verdadera identidad del vampiro, tan atormentada por el ingenio inservible de esta historia universal que es suma precisa de todas las historias personales, tan arruinadas y desfiguradas.

Pugna con su eternidad Severino Lisboa. Añora lo que carece. Redefine inapelable los límites del límite. "Siglos llevo amando y destrozando cuerpos", dice Severino. No dice seres. El cuerpo es más parecido a la verdad que el incesante vagar de su reflexión. Se dosifica en las formas porque el mundo le contesta igualmente violento que su esencia es una sola. "Los hombres han hecho de mí una burda caricatura", proclama Severino airado. Su venganza se cuece desde el principio. La caricatura será espejo de quienes le dieron forma, y entre nostálgicos olvidos recuerda a todos "no amanece para mí y la vida es una niebla eterna".

Es por eso que se ve a sí mismo como quien ilumina desde la sombra. A su adorada Isaura seduce a partir del poder del don. "Yo doy la juventud eterna y la sed y también la sombra que no prospera" enuncia para justificar su transparencia. Promete a Isaura la mera sucesión que adorna con el velo de los acontecimientos. La suerte del amor es la suerte del crimen inevitable. Se consume el tiempo, se consume el deseo. Severino advierte pero a la vez le promete: "deseosa tendrás la suerte de comprobar como la vida es un infinito ciclo donde juegan a ser felices la víctima y el victimario".

¿Quién es el vampiro si no el que desea sin jurar la saciedad? Nunca se llena la copa porque repite ella misma el vacío. Nada existe donde se manifiesta lo infinito. El vampiro deambula melancólico aunque pretende cinismo. No le reconoce el sol ni le admite el orden. Vive al otro lado de sí mismo porque el mundo lo ha exiliado. En Severino Lisboa la humanidad del



La escalera rota II, 2001. Claudio Vinti. Foto: A. G. / Contrasto

vampiro se multiplica. Su reflexión constituye la paradoja de toda existencia. Su inventario de reclamos incluye el dolor, la rutina, y la ira, verdaderos sabores que definen y trazan el fundamento de todo relato. Indica Severino que necesita “de la muerte para seguir viviendo”. Plenitud y vacío se aúnan.

Esta mismidad acaba con el amor. Claramente le escribe a su Isaura “poseerte entre sombras es poseerte toda y no poseer nada”. Ante los espejos no se fermenta promesa alguna. Se aventura la idea de que el reflejo es lo único que queda. Severino es consciente de su precariedad. Lucha con la misma. “Quién entonces ha amado más que yo” comienza a modo de planto Lisboa. El lloro se vuelve puerta a la irreverencia y la sangre su hilo conductor. Acaba su grito el que vive de la muerte igualándose con la divinidad, con quien comparte su gusto alimentario al decir “Debo ser sagrado a mi manera”.

Pero el amante desmedido es además mentor impecable. El Jacinto de su correspondencia es Jacinto Salas y Quiroga, poeta viajero, convertido aquí en peregrino que lee disciplinado sus instrucciones polivalentes. “Donde quiera que me llevara la sed y el azar puse en sus manos, en sus labios, en su cuerpo una sed de mí, un deseo de mí. Yo también quería ser el objeto de su deseo”. El narcisismo se devora. Muestra la cara débil de toda urgencia. Jacinto ha de leer entonces una advertencia descomunal: “El peor trance es enamorarse de una vampira”. Se percibe así el origen de su afición de virginal de Jacinto. Polemiza Severino la resistencia generada entre quienes se reconocen como iguales. Queda el ego. Es defensa y justificación. “con ellas debes acercarte lo suficiente para poder alejarte lo necesario”, confiesa Severino a Jacinto. Ya en 1840 presagia Severino las consecuencias del posterior reclamo del licántropo Jan Martínez: “Juegan a sabiendas de que este juego / hace tiempo enterró al azar un día”. Severino ha leído a Martínez, su rival nocturno, desde su tiempo, anterior a todas las eras.

Se lanza entonces Severino a una aventura en que la equidad cobra conciencia de sí misma. Es amante de Delmira Agustini, quien exploró como Severino el arte de vivir de las llagas del objeto deseado, como expresa en su propia poesía. En “La fiera”, primero de los poemas de Severino a su uruguayana amante, Lisboa lleva hasta el límite la proyección del consumo, de la crueldad que incisiva se gesta en la urgencia amorosa. La equidad se vuelve dualidad, como escribe Severino: “...La fiera ama tanto a la presa / Que podría arrancarle el corazón / Y aquella aún seguiría alentando / Viva anhelando el futuro lance”. El animal humano se vuelca en “Licantropías”. Deseo y acción se tejen en la penetración bestial, a modo de un llamado para obviar la debilidad que comparten pero que desean ocultar al mundo: “Te vuelvo a encerrar en mi mordida. / Mis dientes en tu cuello no te mienten. / Quiero saber la

sabiduría de tu sangre”. Finaliza el testimonio de su relación augurando la nostalgia, dejando que sea la palabra la que quede ocupando el espacio de las embestidas / “Mi boca en tu oído paladea palabras detenidas en una antigua herida, plenas de deseo.... Palabras que te dicen como quiero destrozarte, como deseo que te abras y me tragues y me dejes muriendo dentro de ti como el último huésped que te habitara...”

Pasado el tiempo, le escribe a su nueva enamorada, Camila, a quien le indica que el desprecio fundamenta su consumo: “aborrezco del pan de mi inmortalidad”. Se ha de justificar al enjuiciar la naturaleza como pozo de insuficiencias: “El hombre siempre odia al criminal y ama el crimen. Es solo un demente de nobles ideas y fallidas acciones”. El relato del nuevo enlace se adereza con su reflexión sobre la belleza misma. “Toda belleza es salvaje”, dice Severino, lo que abre una posible polémica con sus iguales. Privilegia Severino la acción como fuente estética. Los ejércitos de la noche verían en esto un aprecio desmedido del proceso y no del producto. Todo objeto hermoso se sustenta en su inmortalidad, la que sólo proporciona la muerte misma, la de la estatua, la de la pintura, la del cuello que muestra el camino que manó de los orificios destiladores. Apareta enamorarse así Severino de una mortal, de una mujer que vive en “la luz y la penumbra”, y ante ella se siente distinto. La traición a su clase despierta la esperanza de lo imposible, como cuando dice Severino “En las noches cuando me acerco a sus dominios de alguna manera amanece para mí”.

Este estado particular ha de acentuarse en la siguiente carta a Camila. Ella le ha preguntado por la fe y él ensaya una respuesta conciliadora: “En realidad mi fe es minúscula. No tiene adelantos en el futuro. Se asemeja más bien a la esperanza”. No nos extraña que busque el presente las señales. Conoce el futuro, el tiempo que no ha de cambiar nada, el tiempo que se vive como presente instantáneo, por llegar, preciso. Busca una esencia Severino y la encuentra en el sustento mismo: “Mi fe está puesta en tu cuerpo, en tu deseo y en tu cuello. Mi fe es un asunto de sangre”. Por eso en la carta siguiente apela a la obediencia de su Camila y le exige no preguntar por su origen. No tiene sentido saber si siempre se ha de percibir lo inmediato. En ese sentido, es fundamental que el presente eterno mute, que se transforme en innumerables apariencias, como el propio Severino indica en su carta final a Camila: “Soy el hijo desatado de la luna...”. Sin embargo, esta consciencia proteica no será suficiente para calmar la sensación de inadecuación que subyace a la gesta del depredador nocturno. Ese “para qué depredar” se avecina y amenaza constantemente cualquier posible placidez existencial. Concluye en su carta Severino con otra admisión de su monstruosidad humana: “Soy el oprobio de las esferas, un bochorno sideral que se arrastra devorando cuerpos,

invalidando futuras simientes”.

Severino pasa entonces a redactar una verdadera autopsia del amor. En “Delirios de la luna llena” la fragmentación es la base para entender el sentimiento, tan destinado a fracasar y a revelar su precariedad en lo que Severino llama un “vertedero de desechos eróticos”, o un “estercolero de deseos masacrados”. La revelación humaniza más a quien se supone que no repare en el amor mismo porque se alimenta de la sustancia de la vida. Se nos muestra Severino muy seguro de lo que indica. Ha cedido a la pugna. Ha vencido dentro de sí el humano que había deseado abolir en su cacería. De ahí que en su próxima carta a Jacinto intenta recuperar una naturaleza jamás sustentada por medio de las palabras, y así lo vemos repetir con ansiedad “el vampiro no vive en ningún sitio”, “el vampiro vive en la noche”, “el vampiro no tiene tradiciones”, y sin embargo, en su discurso se transparenta el deseo de que todo fuera cierto. Finaliza diciendo del ser humano que “Han hecho de su vida una adicción terrible.” Severino es el adicto del adicto. Su humanidad es mayor que el de su presa, pues Severino no puede dejar de ser.

El amorío final con Laura, esa Laura perpetua de las letras, manifiesta la impotencia de un Severino marcado por el deseo de que el amor sea duradero. “Yo que he compartido las voces más templadas de los poetas y los argumentos más imponderables de los amantes no tengo argumentos para decirla, para explicarle a mi corazón y a mi sed por qué a diario le perdono la sangre”. La sangre debe fluir para que tenga sentido su consumo. Severino es consciente del error de su estirpe y por fin comprende el valor de la mortalidad. Su incapacidad ha de manifestarse en la carta final cuando le indica “Tengo que partir. Pues el amor no sabe de eternidades”. Severino ha de partir a una mítica tierra de orígenes, si bien sabe exactamente lo que le espera. El que desea “morir hacia adentro” presenta así la imagen que nunca ha de ver en el espejo, la del gusano que se vuelve cocuyo y que deviene en el nuevo cuerpo atento a su mortal finalidad. Quiere volar a “la nube de sueños”, mas ha de vagar Severino por la eternidad del consumo, atado al suelo, a la tierra fría y al mito que no puede vencer.

Severino se ha de montar en el buque que lo lleve a Transilvania. Es Odiseo apagado y entristecido. No regresará a Transilvania. Tampoco regresará a Ítaca. Ni el origen cierto ni el origen figurado y anhelado lo salvarán de sí mismo. El pensamiento le impide el abandono a sus delirios. El vampiro está atrapado en cuerpo de hombre. El hombre queda atrapado por el cerco que una identidad le tiende. Jan Martínez no regresará a Nueva York. No volverá a San Juan. No revertirá los pasos a su inaccesible Vega Baja. El poeta admite el fracaso de su empeño por conquistar la muerte en vida. Verá su faz en todos

los espejos. Maldecirá su única certidumbre. Vivirá helado en lagunas de tinta escarchada. Será el único hombre posible, el animal que se rechaza y se imagina símil. Se abren las fauces. El caimán acecha. Sus rojos ojos están muy abiertos.